

Contenido

Página	
3	EDITORIAL
5	INFORME ETNOLOGICO ACERCA DE LOS INDIOS COAIQUER DEL ECUADOR SEPTENTRIONAL
21	CONSIDERACIONES SOBRE EL PROBLEMA DE LA FOLKLOROLOGIA COMO CIENCIA SOCIAL.
49	CONTRIBUCION A LA HISTORIA DEL TRABAJADOR RURAL EN AMERICA LATINA: "CONCIERTOS.. Y "HUASIPUNGUEROS" EN ECUADOR
79	ELEMENTOS PARA UN ANALISIS DE LA SOCIEDAD INDIGENA EN LA AUDIENCIA DE QUITO
90	UN ENTIERRO EN LA HACIENDA "SANTA LUCIA" Prov. de Imbabura, Ecuador.
103	DOCUMENTOS PROYECTO DEL INSTITUTO ANDINO DE ANTROPOLOGIA DEL CONVENIO "ANDRES BELLO"

Editorial

El IOA es un organismo regional, cuyas tareas trascienden las fronteras comarcanas, y hemos reiterado en variadas ocasiones el problema que tiene esta porción geográfica llamada Ecuador de ser, en jurídico sentido, un Estado, pero no una nación, en práctica realidad. No podemos hablar de una nación donde no existe una identidad que nos cohesione. Y porque ello implica una tarea de identidad cultural, estamos convencidos de los objetivos llamados a cumplir por el IOA, como Centro Regional de Investigaciones, entendiéndolo como un organismo cuya tarea primera no es la de ser activista del quehacer cultural sino la de un profundo estudioso de ese quehacer para proyectarlo en aplicaciones concretas de programas revalorativos.

En ese esquema, que no se piense ni se exija que un Centro Regional de Investigaciones como éste, se ocupe de las vocaciones literarias o plásticas individuales, ni que dedique sus esfuerzos a estimularlas. Hay que exigir que se ocupe de problemas culturales colectivos, de su recolección y análisis interpretativo y de la búsqueda de relaciones coherentes entre sí; de la formulación de estrategias metodológicas adecuadas a nuestra idiosincracia y realidades, ocupándose de la rigurosidad científica, pero que, ante todo, de ejemplo de respeto a la integridad institucional y sacrifique cualquier alternativa que pueda lesionar la dignidad de este pueblo.

Con esos principios es que se halla laborando el cuerpo de investigaciones y la administración del IOA, porque no existe distanciamiento entre ellos y los directivos, puesto que las actitudes y planteamientos elaborados y en ejecución reflejan posiciones comunes de lucha. Profesionales que olvidando su lugar de origen, creen que se puede ser fértil, con fertilidad latinoamericana, en el compromiso de buscar apertura humana justa para las realidades de una injusta supuesta hermandad. Y que, creen que Otavalo y esta Entidad, son tierra fecunda para adherirse a los sueños de un mundo mejor.

Es necesario reafirmar que esa mancomunidad de trabajo no es un instrumento para captaciones politiqueras ni de temprana ni última hora. Mantenemos el principio inalterable de la honorabilidad y un recíproco trato de amistad, fundado en esa premisa, con hombres y entidades, independientemente de sectarismos ideológicos.

Analícemos también la inminente cele-

bración de dos Sesquicentenarios. Uno que recuerda la vida ciudadana de Otavalo, y otro, que alude al punto de partida para una nueva situación jurídica, cuando a un pueblo grande le dijeron que habían decidido hacerle República. A lo mejor por ello, hasta hoy, trascorrido el segundo. O quizá por la innata tentación de algunos de nuestros historiadores de recordarnos más fechas de conquista, concertaje y colonización que las de rebelión e independencia, tal vez porque en aquellas fueron protagonistas gentes cuyos nombres merecieron estar en el libro del recuerdo escrito, mientras en estas otras, los anónimos, gentes de pueblo en el mejor de los casos, merecían constar en expedientes judiciales.

Si ambos acontecimientos van a servirnos para evaluar el camino andado y ayudarnos a perpetuarnos, como pueblo con compromisos ineludibles, bienvenidos los Sesquicentenarios. Si, por el contrario, los tornamos en celebración festiva intrascendente, no tiene sentido las recordaciones. Que sea un llamado para que todos aquellos que puedan dar su aporte, su entrega al lar nativo y al país lo hagan, supliendo con afecto, con vocación de servicio la falta incluso de títulos académicos.

Al hablar de Sesquicentenarios, formemos filas en la tarea de soñar días mejores para todos, pensando más que en nosotros, en las generaciones que nos siguen y para con las que tenemos el compromiso ineludible de abrirles surcos. No exijamos que amen a esta tierra y a estos montes, al menos en la medida que nosotros lo hacemos, si es que a ellos no les enseñamos a quererlos. Hay medio Ecuador de niños a la espera del destino que hoy les fijemos. Por eso es necesario que reafirmemos el deseo de llegar a tener una nación, aunque no sea por mano nuestra sino de nuestros niños. Soñemos que ellos van a tener la Patria y la ciudad que desde hace ciento cincuenta años las buscamos y las esperamos.

Que los Sesquicentenarios sean de varios retornos, pero principalmente de un retorno del amor filial a esta tierra y a este pueblo por la generosa savia con que nos nutrió para crecer amándolo y respetándolo, con lealtad y orgulloso compromiso generacional de luchar por él.

Si solamente y decimos solamente, pudiésemos tomar reflexiva conciencia de la tarea, habríamos honrado generacionalmente a nuestro propio futuro.